

Angel Menoyo y Portalés

EN HOLOCAUSTO

BOCETO PARA UN DRAMA



BURGOS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO. DE JOSÉ PÉREZ DÍEZ

Llana de Afuera, número 1.

1917

G-F 15118

EN HOLOCAUSTO

501791 +

EN HONOR A ESTO

IMPRESO EN LOS CUAROS

ORIGINAL

DE MENDOZA Y PORTALES

Esta obra es propiedad del autor y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebre en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



20 21113

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

EN HOLOCAUSTO

BOCETO PARA UN DRAMA, EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

ANGEL MENOYO Y PORTALÉS

Estrenado en el «Coliseo Imperial», de Madrid, el día 1
de Marzo de 1917



BURGOS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ PÉREZ DÍEZ

Llana de Afuera, número 1

1917

A D Torre Buena Lascand con
mi entera buena más cordial
por su grandioso éxito obteni
do con la Maldora de Honta
nares

tu amigo y admirador

Angel Merino Portales

A la Sra. D.^a Rosalia Portalés

El éxito que obtuve en Madrid con esta
obra, quiero ofrendársela a usted, madre,
como testimonio de mi cariño.

ANGEL

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

GERTRUDIS.	MATILDE ASQUERINO
MARGARITA.	Guadalupe Muñoz Sampedro.
UNA NIÑERA	Mercedes Muñoz Sampedro.
D. EDUARDO	Rafael La Raga.
RICARDO.	Manuel Alverá.
EL DOCTOR.	Andrés Tobías.
EL CHAUFFEUR	Manuel Bernardos.
UN CRIADO	Celestino Echevarría.

Alguna servidumbre.

Para los dos cuadros la decoración representa un gabinete lujoso.



CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

D. EDUARDO, EL DOCTOR y UN CRIADO

(D. Eduardo y el Médico toman café en una mesilla volante.)

- EDUAR. ¿Un cigarro?
DOCTOR No, gracias. Fuma V. demasiado.
EDUAR. Los nervios, que la pagan con el tabaco. Llevo toda la mañana encendiendo cigarrillos y bebiendo café.
EDUAR. (Al criado.) Sirvanos más cognac y puede retirarse. (De nuevo al criado.) ¿Se fué D.^a Dolores?
CRIADO Sí, señor, y se ha llevado el niño.
EDUAR. ¿Que se lo ha llevado?
DOCTOR Por consejo mío. La presencia de su hijo pudiera impresionar a Margarita.
CRIADO ¿Desea algo más el señor?
EDUAR. No, retírese. (Vase el criado por el foro.)

ESCENA II

D. EDUARDO y DOCTOR

- EDUAR. ¿Es que encuentra V. peor a Margarita?
DOCTOR No señor, el ataque va vencido. Las señoras nos llevan una gran ventaja, lloran y las lágrimas arrastran en torrentes los dolores del alma, que en el corazón de los hombres sedimentan.
EDUAR. Ha pasado un rato cruel y me lo ha hecho pasar a mí. Aún tengo sus gritos dentro del cerebro.
DOCTOR Los males son como los bravucones; cuanto más alborotan son menos temibles.

Bastante más me preocupó Ricardo. Silencioso, ocultando con aparente tranquilidad la lucha de su alma.

EDUAR. ¡Horrible!

DOCTOR Para mí ha sido una sorpresa... Sabía que Ricardo era viudo cuando casó con Margarita; pero ignoraba que esta fuese hermana de la primera mujer de Ricardo.

EDUAR. Sí; de padre únicamente. El Coronel Armentia casó cuando muchacho con una cubana de quién nació Gertrudis. Quedó viudo, y algunos años después, siendo ya Tulita una mozuela, volvió Armentia a contraer nuevas nupcias.

Le persiguió la desgracia y su segunda mujer murió al dar a luz a Margarita. Gertrudis puede decirse que ha sido la madre de su hermana.

DOCTOR La desgracia hará bastante tiempo que ocurrió.

EDUAR. Poco más de seis años. Armentia marchó a América con Gertrudis para realizar los bienes que su hija mayor acababa de heredar de una hermana de su madre. Ricardo no pudo acompañar a su mujer porque estaba con su regimiento en Africa y el puntillo de honor le impedía solicitar licencia en aquellos momentos de peligro.

Yo quedé con Margarita en España. Diez o doce días después de haber embarcado el Coronel en la Coruña, leí con espanto los primeros telegramas del choque del Atlantique con otro navío norteamericano en el canal de la Florida. En el Atlantique iban Gertrudis y su padre. Ricardo apenas tuvo noticias del naufragio, pidió permiso y tomó en Cádiz el primer trasatlántico que salió para la gran Antilla... y en Cuba estuvo hasta que dejó enterrado el cuerpo que creyó de su mujer.

DOCTOR Pero ¿es que no pudo conocerla?

EDUAR. El cadáver apareció entre las rocas de un cantil mutilado por los golpes que el oleaje había dado al cuerpo contra los peñascos.

DOCTOR ¡Es horroroso!

EDUAR. La identificación se hizo por el vestido que reconoció Ricardo como de su esposa en el que Gertrudis llevaba cosida una cartera de plata, que por cierto era mía y yo se la dejé para el viaje. En aquella cartera guardaba mi sobrina el retrato de Ricardo, sus documentos y unos cuantos billetes. Las iniciales de la ropa inte-

rior coincidían con el nombre y apellido de Gertrudis; y los cabellos, que aún conservaba el cadáver, rubios eran como los de Tula. Con semejantes datos la autoridad no tuvo inconveniente de certificar su muerte.

DOCTOR ¿Y el Coronel?

EDUAR. No pudo encontrarse... (PAUSA.) Un par de semanas después de ocurrida la catástrofe, regresó mi sobrino Ricardo... le hice pedir licencia... y de lo que sucedió luego, tengo yo la culpa.

DOCTOR ¿Usted?

EDUAR. Sí señor. Fui yo quien encendió los primeros chispazos de amor entre Margarita y Ricardo. Pensé hacer un bien. Con Ricardo podía ser dichosa aquella mujer y serlo también mi sobrino a quien la trágica muerte de Tula había dejado abatido y medio muerto. Estaba seguro de que Margarita le querría; y si Dios les daba hijos, volvería la felicidad para aquel pobre muchacho. La única pena que en su matrimonio con Gertrudis tuvo mi sobrino, fué que Dios no les concedió ningún chiquillo. En fin, que los casé y Dios me lo perdone.

Se quisieron; y cuando hace cuatro meses Margarita dió a luz, creí que mi sobrino Ricardo se volvía loco de alegría con su chico. ¡Que las venturas son a modo de polvo, que levanta el correr de la vida, con el que se van soterrando las tristezas del recuerdo.

DOCTOR Pero, ¿qué fué de la primera mujer de Ricardo en tanto tiempo?

EDUAR. Si yo mismo no lo sé; regreso de un viaje que emprendí al acabar la primavera. Nadie supo de mí en este lapso; ni yo de mis sobrinos. En estas excursiones, que he repetido varias veces en mi vida, he procurado aislarme de todos los que me conocen. Una rareza que hoy deploro haber tenido. Sin ella quizás hubiese podido desviar el golpe terrible que amenaza a estos muchachos.

DOCTOR No sé como.

EDUAR. ¡Quién lo sabe! Mi sobrino Ricardo, irresoluto o amilanado, no ha sabido dar solución al conflicto que se le venía encima. Desde que el Ministerio de Estado le dió la noticia de que Gertrudis existía, no ha hecho más que dar treguas para ver si llegaba yo y... la catástrofe se le ha venido de golpe, sin que nadie pueda ya evitarla.

DOCTOR
EDUAR.

¿De modo que él sabía?...

Hace cosa de dos meses, el Ministro le llamó a su despacho y le comunicó la terrible noticia. Nuestro embajador en Wasington participaba que en el hospital de Charleston una enferma, náufrago del Atlantique que durante varios años estaba curándose en aquel establecimiento, había recobrado el habla y la razón y según las noticias que dió de su persona, resultaba ser D.^a Gertrudis Armentia, hija del Coronel don José de Armentia, española, nacida en Puerto Príncipe y casada con D. Ricardo de Mendoza, Capitán del Ejército español, que en la fecha del hundimiento del Atlántique, estaba de operaciones militares en Marruecos.

Las señas eran exactísimas. Sin embargo Ricardo dudó al principio; recibió después cartas de la enferma; la letra era igual a la de Gertrudis.... escribió él, contestóle ella; los detalles, que en cartas sucesivas le iba dando, eran tan precisos, tan íntimos, que no pudo dudar; asustado, llamó a Gertrudis su matrimonio con Margarita; y a Margarita, la existencia de su hermana. Pensó que Gertrudis tardaría en estar en ocasión de emprender el viaje lo bastante para que llegase yo, si antes no sabía de mí; vine anoche; y cuando juntos trazabamos un plan para detener a Gertrudis hasta que yo la viese y hablara con ella y... qué sé yo; porque de este intrincado laberinto no sabíamos salir ninguno de los dos, . recibió mi sobrino un aviso telefónico, anunciando que Tula acababa de desembarcar en Santander, y que tomaría el primer tren para llegar aquí esta tarde. Ricardo sufrió un desvanecimiento. Me asusté al verle; perdí la serenidad; llamé a voces a los criados; entró Margarita, vió el telefonema y.... aquello ha sido horrible.... En fin ¡qué voy a decir a V. si V. mismo lo ha visto. Yo estoy que no razono; y cuando pienso que dentro de unas horas he de ir a encontrarme con Gertrudis, porque voy a salir a Venta de Baños, siento rehilor de calentura.

ESCENA III

Dichos, y RICARDO (por la 2.^a izquierda)

- DOCTOR. ¡Ricardo!
- EDUAR. ¿Y Margarita?
- RICAR. No sé... debe de estar durmiendo.
- EDUAR. ¿No vienes de su cuarto?
- RICAR. No,.. procuro evitarla el dolor de mi presencia. Soy para ella un remordimiento y he querido sustraerla a esa tortura.
- DOCTOR. Y ¿usted?
- RICAR. Yo estoy bien.
- DOCTOR. ¡Que ha de estar hombre de Dios! ¿Tomó V. lo que dispuse?
- RICAR. No señor.
- DOCTOR. Pues es preciso. Necesita V. cuidar su salud. La vida de V. no es solamente suya.
- RICAR. ¡Ah! ¡si mi vida fuese mía!...
- DOCTOR. Nada de desesperaciones, Mendoza. Hay que confiar.
- RICAR. Si V. supiera...
- EDUAR. Lo sabe. He creído deber enterarle de todo.
- RICAR. Entonces... (Abatido se deja caer en una butaca) Es horrible. (Pausa) ¿Cómo digo yo a esa mujer, que llega enamorada y llena de esperanzas; tú que me quisistes tanto, que fuistes la ilusión y el anhelo de mis años mozos, el dolor de mi vida cuando te creí muerta, que tú alma hermosa y buena derramó sus dulcedumbres es esta criatura, que te amó como a su madre, que te veneró como a una santa y que te lloró sin consuelo, vienes hoy a interponerte en nuestra vida feliz y sosegada... No has debido salir de tú sepulcro; vuelve a él, si no quieres ser aborrecida... (Sollozo sin consuelo.)
- EDUAR. Ricardo ¡por Dios!
- DOCTOR. Déjele, déjele, D. Eduardo... es preferible...
- RICAR. Y ¿ese niño? Marcado con el estigma infamante de bastardo.
- EDUAR. Qué disparate. Obrasteis de buena fe y la misma ley ampara a esa criatura considerándola legítima.
- RICAR. Pero... ¿qué va a ser de Margarita? He de entregarle el pan y el odre y como nueva Agar enviarla con el que es sangre de mi sangre sola por el desierto de la vida? Sería inhumano;

también ella tiene derecho a ser dichosa. Yo no quiero, ni puedo apartarme de mi hijo y sería bárbaro y cruel separarle de ella ¿qué ley ni qué razón puede cometer inhumanidad tan atroz?

DOCTOR. Tranquilícese Mendoza. Está V. excitadísimo.
RICAR. Pero Uds. no ven que tengo razón? ¿es que no hay un remedio que no lacere nuestras almas?
(Pausa.)

EDUAR. Ricardo ¡por Dios! cálmate.
DOCTOR. ¡Cállese! ¡Viene!
RICAR. ¿Quién? ¿Margarita?
DOCTOR. Sí,.. seréense...

ESCENA IV

Dichos, MARGARITA

RICAR. Margarita. ¿dónde vas? ¿Por qué saliste?
MARG. No debo estar aquí. Quiero marcharme.
DOCTOR. Esto es una locura, no es posible. No ha debido V. de levantarse. Vuelva V. a su cuarto.
MARG. No, no quiero. Tengo que marcharme. Esta casa no es mía. Me abruma sus paredes. No quiero que me vea Gertrudis cuando venga. Tío, lléveme V. se lo suplico. ¡No debo estar aquí! ¡qué vergüenza! ¡Es un horror. Llévame. ¿Dónde está mi hijo? ¡quiero irme!
RICAR. Margarita, por Dios.
MARG. No, no me toques, no te acerques, huye de mí... es una infamia la que hemos estado cometiendo. Ricardo, Ricardo de mi vida.

ESCENA V

Los mismos, UN CRIADO

CRIADO. Señor, acaba de llegar un automóvil y se ha apeado de él una señora que dice es el ama de esta casa.
RICAR. (Anonadado) ¿Qué?
CRIADO. Nos pareció que estaba falta de juicio y hemos tratado de detenerla; pero Juana la mujer del jardinero se ha abrazado a ella besándola las manos y dice también que es la señora.

ESCENA VI

Los anteriores y GERTRUDIS (por el foro)

- GERT. (Dentro) Ricardo... Ricardo... Margarita...
 RICAR. Es ella... Gertrudis.
 EDUAR. ¿Pero cómo es posible?
 MARG. ¡Dios mío de mi alma!
 GERT. (Entrando y arrojándose en brazos de Ricardo, besándole con pasión, con locura.) Ricardo, Ricardo de mi vida, mi Ricardo. (Va enseguida a Margarita besándola también con transporte) Mi nena. Mi Margarita. Tío de mi corazón. Todo ha sido un sueño... Ya estoy en mi casa. ¡Dios bendito! ¿Y este señor?
- EDUAR. El Médico.
 GERT. ¿Hay alguien malo? ¿Ya no está D. Eugenio?... Perdóneme... no sé lo que me pasa... Quisiera hablarlo todo. Verlo todo de golpe. Se atropellan las palabras en mi boca, las ansias en mi corazón, los pensamientos en mi cerebro... Ven Margarita que te vea. ¡Qué mujerona! Si estás desconocida ¡una matronaza! ¿Y tú mi Ricardo? ¡Tengo tanto que decirte! Todo ha sido un sueño, una pesadilla horrible. Todavía conservo en mi memoria aquel momento espantoso. Verás Ricardo, un golpetazo tremendo como nunca había oídonada semejante, voces, pitidos, ayes, pelotones de hombres y de mujeres atropellándose por las escalas: voces de angustia por todas partes; yo me tiré de la litera; loca de terror busqué mis vestidos que no pude encontrar. Gabriela Arlés, una francesita que viajaba conmigo y fué mi amiga, se los puso en su aturdimiento. Avisan con urgencia, el barco se hunde; subo, busco a mi padre, «las mujeres sólo» ordenaba un marino apuntando con su revólver a los hombres que trataban de asaltar las barcas, «a los botes» gritaba un hombre rudo cogiéndome por la cintura y subiéndome sobre la borda. Abajo el abismo; las olas en remolinos chocando contra el barco y bullendo espumarajos; «pronto, arrójese pronto» volvió a ordenar aquél hombre entregándome un salvavidas, vacilo unos segundos, me lanzo, el mar me traga, siento dolor inmenso de cabeza... ansiedad horrible... angustia... y luego... nada... nebrura de noche, hasta que despertando como

de un sueño pesado, con la cabeza amodorrada y la lengua torpe, me ví en una salota enorme con filas de catres iguales, uniformados, blancos. Pero ya estoy con vosotros, con mi Ricardo, con mi nena de mi alma, en mi casita, ¡qué hermosura! quiero que me lleves a todas partes ¿sabes Ricardo? Quiero verlo todo, hablar a todos, recordarlo todo... Pero ¿qué tenéis? Os habéis sobrecogido ¿verdad? Yo tengo la culpa. No merezco perdón. Pero si no podía tener calma. Me escribistes que estabas enfermo y por eso no ibas a buscarme y riñendo una batalla con el Médico que no quería dejarme salir del Sanatorio,... estaba débil... el corazón... qué sé yo; me empañé y testaruda, apenas recibí los fondos que me enviaste, salí para tomar el primer vapor.

En Santander me tranquilizó tu telegrama contestando al mío anunciándote mi arribada y mi salida en el tren al día siguiente. Pero veréis... Yo estaba nerviosísima, las horas que aún faltaban eran muchas, eternas. La señora de la fonda con quien hablé y comprendió mis impacencias supo de un chauffeur que volvía a Madrid después de dejar a sus señores. Me lo dijo y sin encomendarme a Dios ni al diablo, hablé con aquel hombre, concertando mi viaje hasta esta casa. Así he ganado algunas horas. (Pausa, cont'istada.) ¿Hice mal?

RICAR.

No, hiciste bien.

GERT.

Lo dices de un modo... ¿Qué tenéis? Háblame, Margarita, mírame... Dios mío ¿Qué os ocurre? ¿qué sucede, Ricardo? ¿Hice mal en venir? ¡Hábladme por Dios santo! No me tengáis en zozobra (a Margarita.) ¿Lloras? Ricardo... tío...

EDUAR.

La sorpresa... dijiste bien; tu llegada ha sido tan brusca...

GERT.

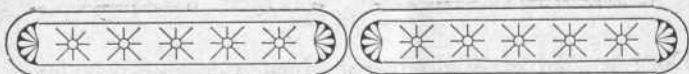
No... no debe ser eso,.. la sorpresa no hace bajar los ojos,.. no cierra los labios,.. no seca los besos .. Por qué te turbas, Margarita? ¡Habla! Quiero saberlo todo. En nombre de tu madre contesta... Ricardo responde tú por ella. Soy yo quien te demanda.

ESCENA VII

Dichos, NIÑERA con el niño en brazos

- NIÑERA Señorita, El aya de D.^a Dolores ha traído el niño.
- GERT. ¿El niño? *(Dirigiéndose a la niñera.)* ¿De quién es ese niño?
- NIÑERA ¿De quién?... de la señora. *(Señalando a Margárita.)*
- GERT. ¿Tuyo? ¿Te has casado?
- MARG. ¡Perdón!
- GERT. ¿Qué...? ¿que te perdone? ¿de qué he de perdonarte? ¡Habla! ¿Quién, quién es su padre? *(A Ricardo.)* ¿Eres tú?,... tú, ¿mi Ricardo? Desgraciados.

TELÓN



CUADRO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

D. EDUARDO y DOCTOR (que salen por la derecha, un criado por el foro)

DOCTOR Sí señor. De esta ya ha salido; pero queda expuestísima. Cualquier conmoción puede matarla.

EDUAR. ¿Un aneurisma?

DOCTOR No, una angina de pecho... Y Mendoza ¿dónde está?

EDUAR. Si no le he visto. El criado me dijo que paseaba por la huerta.

DOCTOR Esté V. vigilante.

EDUAR. No hay cuidado. Mi sobrino tiene el alma angustiada, pero sana.

DOCTOR ¿Y Margarita?

EDUAR. En su cuarto llorando como una Magdalena y esperando el momento de marcharnos. Abraza; da a su hijo da compasión verla.

DOCTOR ¿Se marcha?

EDUAR. Desde luego, aquí ni debe ni quiere estar, y he decidido llevarla conmigo a un cortijo que tengo en los Alcores de Mairena. Cuando se haya repuesto un poco viajaremos, procuraré que se distraiga, que olvide... hasta donde pueda conseguirlo.

DOCTOR El golpetazo ha sido horrendo.

EDUAR. Brutal.

DOCTOR Gertrudis demandará su puesto.

EDUAR. Seguramente. Todavía no ha dicho nada; pero hay que suponerlo. Está enamoradísima de su marido.

DOCTOR ¿Y Margarita?

EDUAR. A Margarita le ocurre dos cuartos de lo mismo. A esta chiquilla va a costarle la vida.

- DOCTOR Si el divorcio que consienten nuestras leyes anulara el matrimonio como en otras partes.
- EDUAR. Sería la carabina de Ambrosio en este caso, Doctor. Para el conflicto de las almas no es remedio. Los corazones de esas dos mujeres están heridos... y cuando hay lesión en aquella viscera, ustedes mismos dicen que no se conocen medicinas que la sanen. Conflicto como el que se ha presentado a mis sobrinas, no se resuelve sin que haya por lo menos una víctima.
- DOCTOR Por eso ha de solucionarse de manera que resulte solamente una.
- EDUAR. ¿Pero cuál?
- DOCTOR Para mí no tiene duda... Gertrudis.
- EDUAR. A Gertrudis le ampara la ley.
- DOCTOR Y a Margarita, su pequeño.
- EDUAR. No es bastante... ¿Usted cree que Gertrudis no puede tener hijos?
- DOCTOR Por las trazas...
- EDUAR. Pero ¿la ciencia puede asegurarlo?
- DOCTOR De un modo rotundo, claro que no.
- EDUAR. Entonces está bien que le ampare la ley. Sería una crueldad y una injusticia arrebatarle esa esperanza... Y ya ve V. que estoy tirando piedras a mi tejado; Margarita, usted ha podido verlo, es mi ojo derecho. Fuí su padrino; apenas me he separado de ella más que temporadas no muy largas, la he servido de padre estos últimos años y la quiero con toda mi alma... Pero así y todo, no tengo valor para decir a esa pobre mujer que llega a su casa radiante de esperanzas. «Te desconozco, debes ser una intrusa, tú no eres Gertrudis, a Gertrudis la dejó enterrada mi sobrino en las costas de Cuba», que eso es lo que me propone V. que hagamos.
- DOCTOR Usted mismo dijo que no puede arreglarse este conflicto sin que haya por lo menos una víctima... y sacrificando a Margarita son dos las que se hacen. (Pausa)... (sombrio.) A menos que Ricardo no pretenda resolverlo por sí sólo.
- EDUAR. (Alarmado.) ¿Matándose? (Se dirige rápidamente al timbre y llama prolongadamente con marcada angustia.)
- DOCTOR ¿Usted no lo cree posible?
- EDUAR. Ha logrado V. intranquilizarme. (Al criado que sale por el foro.) ¿El señorito Ricardo?
- CRIADO Ha entrado en su despacho con el Sr. Notario.
- EDUAR. ¿Con el Notario? ¿Ha venido el Notario?
- CRIADO El señorito mandó a Román con una carta y

Román ha vuelto hace un momento acompañando al Sr. Notario.

- EDUAR. (Señala al criado que se vaya.) Bien.
DOCTOR Ya dije a V. que sería conveniente vigilarle.
EDUAR. (Alarmado.) Sí, sí. No hay que dejarle sólo un instante.
DOCTOR ¿Quiere V. que me encargue yo?...
EDUAR. Si usted puede...
DOCTOR Sí señor; hice ya la visita y no tengo ningún enfermo. Puede usted disponer de mí toda la tarde.
EDUAR. Muchas gracias.
DOCTOR Estaré al cuidado de Mendoza, procuraré entrar en su pensamiento y adivinar sus intenciones; trate usted de conocer las de Gertrudis.
EDUAR. Ya lo haré y usted aconseje a Ricardo.
DOCTOR Déjelo de mi cuenta y tranquilícese. Está usted excitadísimo.
EDUAR. Sí señor, tengo los nervios dando brincos y el cuerpo como si me hubieran dado una paliza.
(Se deja caer en una butaca.)

ESCENA II

EDUARDO y GERTRUDIS

- GERT. (Por la lateral derecha.) Tío.
EDUAR. (Asustado.) ¿Tú?
GERT. En la cama me ahogaba y me muero de tristeza en ese cuarto... Necesito hablar con V., he visto que quedaba V. sólo y he aprovechado el momento. Esta situación hay que resolverla, tío. Ni un momento puede seguir de esta manera. Explíqueme lo ocurrido.
EDUAR. Si no sé como decírtelo Tula... Una desgracia, la fatalidad... Se creyó que habías perecido en el naufragio. Aquella amiga tuya que tomó tus vestidos, apareció muerta y desfigurada bastantes días después de ocurrida la catástrofe y como los documentos que llevaba encima eran los tuyos, confundiéndola contigo, certificaron tu muerte... Pasaron los años y... aconsejados por mí, quiero que me lo perdones... se casaron Ricardo y Margarita.
GERT. Luego ¿están casados?
EDUAR. ¡Ah! claro... Es decir, no lo están; porque viviendo tú, su casamiento es nulo.

- GERT. ¿Puede ser así?
- EDUAR. ¡Qué duda tiene! vuestro matrimonio es el que vale.
- GERT. Entonces, Margarita...
- EDUAR. No es, no ha sido nunca esposa de Ricardo.
- GERT. ¿De modo que su hijo?... No, eso no puede ser...
- EDUAR. Desgraciadamente, sí Gertrudis.
- GERT. (Después de meditar un momento y como si tomara una resolución.) ¿Y si yo renunciara mi derecho?
- EDUAR. La ley no lo consiente. Tú eres la legítima, la única esposa de Ricardo.
- GERT. (Con energía.) Pero la madre de su hijo es Margarita.
- EDUAR. ¡Quién lo duda!... No te atormentes. Es una desgracia, Tula, que no tiene remedio.
- GERT. ¿Que no?... Usted mismo me habló de una señora conocida suya que entrando en un convento anuló su matrimonio.
- EDUAR. Pero el caso es muy distinto, Tula, aquel era un matrimonio rato.
- GERT. No comprendo.
- EDUAR. Montserrat Anglada, de quien yo te referí la historia, casó por poder con un capitán de infantería que estaba de guarnición en Filipinas. Apenas celebrado el matrimonio y cuando la muchacha fué a partir para reunirse con su esposo, se presentó en la casa una mujer con una chiquilla de poco más de dos años en los brazos. Habló con Montserrat, la niña era hija del que hacía pocas horas recibió la de Anglada por esposo y la madre de aquella criatura venía a impedir el matrimonio del que la había engañado miserablemente; llegó tarde. El golpetazo para Montserrat, como puedes suponerte, fué tremendo, se negó a salir de la Península oponiéndose rotundamente a reunirse con su esposo y... yo no sé; alguien la enteró de que el matrimonio en las condiciones en que aún permanecía el suyo, podía declararse nulo si ingresaba en religión uno de los contrayentes, quedando el otro en libertad para contraer nuevas nupcias, y... heroica o desencantada. ¡Quién lo sabe! después de algunos dimes y diretes con el que ya era su marido, consiguió de él que prometiera casarse con la que había deshonorado, legitimando a la niña que había nacido. Ella profesó de monja en el convento de la Visitación y legó gran parte de su fortuna a la hija del que

fué unas horas su marido. Como ves, el caso no es igual al tuyo.

GERT. Es muy semejante.

EDUAR. ¡Qué ha de serlo! Tú has vivido con tu marido muchos años.

GERT. Pero si yo renuncio.

EDUAR. Aunque renunciés; la ley no lo permite.

GERT. Pues la ley es cruel.

EDUAR. O previsor. Es muy difícil raer del corazón el amor que concrecionó en tantos años.

Un impulso del momento no ofrece garantía.

GERT. (Que ha estado abstraída.) Dice V. que certificaron mi muerte.

EDUAR. Sí.

GERT. Y si yo quiero recuperar mis nombres y mi estado ¿qué he de hacer?

EDUAR. Acudir a los Tribunales. Los que te conocemos tendremos que testimoniar de tu existencia...

GERT. Bueno... pero todo eso tengo que ser yo quien lo promueva.

EDUAR. Claro que sí, ¿pero qué intentas?

GERT. Déjeme. ¿El chauffeur que vino conmigo no se habrá marchado? (Hablando como si estuviera sola.) Nadie apenas me ha visto...

EDUAR. Pero, Gertrudis, eso es un horrible sacrificio.

GERT. Menos cruel que el que ahora estoy sufriendo. Amar toda la vida a un hombre, levantar un altar en el corazón para adorarle, soñar con él la vida entera, perderle con la razón y con la razón recuperarle, venir ansiosa en su busca, queriendo dar más energía a las calderas, vertiginosidad a las hélices, haciendo volar al automóvil, a punto de estrellarse, para llegar más pronto a estrujar en los brazos al que tanto he querido y encontrarme con que otra mujer a quien no puedo matar ¡perdón, Dios mío! le tiene prisionero con las manitas débiles de un niño ¿no es el mayor de los martirios?

EDUAR. ¡Gertrudis!

GERT. ¿Qué sabe de dolores quien no pasó por estos? El desvío que yo he visto en mi Ricardo...

EDUAR. No, Tula.

GERT. Sí, tío, desvío en él, y desamor en ella.

EDUAR. Estás ofuscada.

GERT. He debido morir. ¿Por qué, Dios mío, me dejaste la vida?

Quiero ser buena, y una oleada de odio parece que me invade y quiero arrancarle de mí mis-

ma, aunque me desgarré el pecho y tenga que hacer el corazón añicos. Yo no sé si son celos o es envidia.

El ansia de su vida. El deseaba un hijo, V. lo sabe... Ya lo tiene,... se le ha dado Margarita. Para ella ha de ser su cariño, su corazón entero... Ya no es mío. Ahora sí le he perdido para siempre. (Llora y vacila como si fuera a caerse.)

EDUAR.

(Asustado.) ¡Gertrudis!

GERT.

(Se lleva las manos al pecho como si deseara arrancarse algo que la atormenta.) ¡Qué angustia!

EDUAR.

¡Gertrudis, Gertrudis!

GERT.

(Hace dos o tres inspiraciones profundas y muestra sensación de desahogo y bienestar.) No ha sido nada, no se asuste... ya pasó todo,... todo,... hasta los malos pensamientos. (Un momento de pausa.) Yo me marchó de aquí, tío Eduardo.

EDUAR.

Serénate.

GERT.

Si estoy tranquila, no se apure. Lo decidí ya... El automóvil que me trajo ¿se ha marchado?

EDUAR.

No, creo que no se ha ido.

GERT.

Me voy en él... Que nadie sepa que me marchó.

EDUAR.

Debo detenerme.

GERT.

No, no me detenga. Su mismo corazón le está diciendo que no debe detenerme.

EDUAR.

Sería injusto.

GERT.

Pero en este momento ¿qué es lo justo? ¿quedarme? los dos abominarían de mí que los separo de su hijo.

EDUAR.

Pero marcharte...

GERT.

La gente pensaría de ellos que no tienen entrañas ¿no es eso lo que usted quiere decirme? Cierto, el mundo es de la víctima. Pero el obstáculo es pequeño para no atropellarle. Soy yo la que debe desaparecer. De mi resurrección apenas se ha enterado nadie, volveré a mi sepulcro.

EDUAR.

Es cruel.

GERT.

Pero necesario, usted mismo lo cree así.

EDUAR.

Llamaré a Ricardo.

GERT.

No, por Dios,... por lo que usted más quiera,... por la memoria de mi padre no le llame, se lo pido... para cumplir con mi deber, que no le vea... llévele,... que se aleje,... no quiero encontrarme en su presencia.

EDUAR.

¿Pero sabré de tí?

GERT.

Sí, nos veremos... El mundo es muy pequeño,... tan pequeño, que ni siquiera cabe en él la ven-

tura de dos pobres mujeres... ya ve V. si es fácil encontrarse;... váyase... llévase a Ricardo... sabrá V. de mí... sólo V... ande...

EDUAR. ¡Gertrudis! (Abrazándola muy emocionado.)

GERT. (Desprendiéndose de sus brazos.) Váyase, pueden venir, ... váyase, váyase. (Empujado por ella sale D. Eduardo por el foro.)

ESCENA III

GERTRUDIS y CRIADO (Por el foro.)

(Gertrudis llama al timbre.)

GERT. (Al aparecer el criado.) ¿El chauffeur que me trajo esta mañana?

CRIADO Sí señora.

GERT. Avísele, que venga.

(Vase el Criado, Gertrudis se deja caer en una butaca y con la cabeza entre las manos queda ensimismada.)

ESCENA IV

GERTRUDIS y CHAUFFEUR (Por el foro.)

CHAUF. ¿Me llamaba la señora?

GERT. Sí. ¿Va usted a marchar pronto?

CHAUF. Enseguida. He de llegar a buena hora y se hace tarde.

GERT. ¿Tendría V. inconveniente de llevarme en las mismas condiciones que me trajo esta mañana?

CHAUF. Si la señora deja el automóvil al entrar en Madrid, por si alguien la ve, que no entere a mis señores...

GERT. Donde quiera.

CHAUF. Entonces... a las órdenes de la señora ¿cuándo saldremos?

GERT. Yo también deseo marchar pronto, ¿qué tiempo necesita?

CHAUF. Diez minutos. El preciso para sacar el coche y prepararlo.

GERT. Entonces voy a tomar el guardapolvo y el sombrero y estoy lista.

CHAUF. En cuanto esté dispuesto todo ¿mando llamar a la señora?

GERT. Bajaré enseguida; pero si no estuviera, con que toque la bocina basta.

CHAUF. ¿Sin mandar aviso?

- GERT. No, no, con los criados, no. Avise V. con la bocina.
CHAUF. Como guste la señora. (Vase.)

ESCENA V

GERTRUDIS y MARGARITA

(Gertrudis se va por la derecha, volviendo a salir al momento poniéndose el sobretodo y el sombrero; y con gran precaución, recatándose para no ser notada, llega al foro en el preciso momento que Margarita sale por la izquierda y la ve.)

MARG. Tula.

GERT. ¡Margarita!

(Margarita se arroja a los piés de Gertrudis, arrodillándose y abrazándola llorando.)

GERT. Levanta, no te humilles.

MARG. Fui mala para tí.

GERT. Os olvidasteis pronto de la muerta... eso es la vida. Levanta y siéntate. (Se sientan las dos en el sofá)
Seca el llanto, no es hora de llorar. El tiempo es corto y he de decirte mucho, ya que contra mi deseo, me he encontrado contigo antes de irme.

MARG. ¿Que te marchas?

GERT. Sí.

MARG. No; soy yo quien ha de irse. No puedo estar aquí. Eres tú la esposa de Ricardo... (Llorando)

GERT. Pero tú eres la madre de su hijo.

MARG. ¡Hijo de mi vida!

GERT. Por él, por razón de ese niño, debes seguir al lado de Ricardo. Yo me voy para siempre. Marchaos vosotros de este pueblo, despedid los criados que me han visto y nadie sabrá...

MARG. Lo sé yo, Gertrudis, y yo no puedo ser querida suya.

GERT. Ni debes serlo.

MARG. Imposible.

GERT. ¿Tanto le quieres?... No, no lo digas... Pudiera la voluntad sentirse flaca y necesito fortaleza tanta para hacer lo que hago, que levantar el mundo aún me parece fácil, comparado con ello... Ya ves si necesito la voluntad completa. (Pausa.)

Voy a marcharme. (Margarita intenta hablar.) No, no me interrumpas, oye y obedece... voy a marcharme... de mí no has de saber...

MARG. ¡Gertrudis!

- GERT. ...Has de vivir con él por vuestro hijo... Ser su querida o no, allá tú con tu conciencia. (Pausa.) Yo voy a vivir poco... me lo anuncia el corazón a cada instante... Cuando muera, y pido a Dios que no sea tarde, por tío Eduardo lo sabrás... Todavía puedes ser dichosa, ... tienes un hijo...
- MARG. Gertrudis, mi Gertrudis.
- GERT. Suelta, no me toques... (Suena la bocina del auto.) ¿Oyes? me llaman tengo que marcharme.
- MARG. No te vayas; perdóname, Gertrudis.
- GERT. Perdonarte ¿de qué? ¿de haberle amado? ¿de olvidarte de mí?... Bien... te perdono.
- MARG. Bésame.
- GERT. No, no, besarte no. (Yéndose hacia el foro.) No me pidas más. Ya fué bastante.
- MARG. Gertrudis, no te vayas, quédate.
- GERT. No.
- MARG. Hermana de mi alma.
- GERT. No.
- MARG. No me abandones ¿no ves que me quedo sola, sola...?
- Si no he de vivir con él. No te vayas... mira, nos iremos tú y yo a un lugar apartado, oculto, donde nadie sepa de nosotras, viviremos las dos para esa criaturita, las dos seremos a quererle ¿qué culpa tiene el pobre mío?. Tú también Tula de mi vida serás su madre (En el rostro de Gertrudis ha de notarse la impresión de ventura y de esperanza que la proposición de Margarita hace en su alma.) ¿quieres?
- GERT. (Con expresión voluptuosa.) Calla.
- MARG. Quieres, ¿verdad? ¿quieres?
- (Suena la bocina.)
- GERT. (Transición.) No, no, calla, ... dudaríamos la una de la otra, de nuestros mutuos pensamientos. (Suena de nuevo la bocina.) Déjame.
- MARG. No, no te dejas, no quiero que te vayas. (Asomándose a la puerta del foro.) Ricardo, Ricardo.
- GERT. Silencio, ... por tí misma, por tu hijo si le quieres, cállate.
- MARG. ¡Ricardo! (Forrajean las dos; Gertrudis pugnando por salir, Margarita impidiéndolo.) ¡Ricardo! (Llamandó con más fuerza.)

ESCENA VI

Dichas, RICARDO

- RICAR. ¿Me llamabas?
GERT. (Con suprema angustia.) No, no, Ricardo, vete... ¡Ricardo! (Vacila, Margarita acude a sostenerla y Gertrudis queda desvanecida sobre los hombros de su hermana, cayendo después sobre una butaca.)
MARG. Gertrudis, Gertrudis... ¡Dios mío! ¡socorro!
RICAR. (Asomándose a la puerta.) Leonardo, tío, Josefa. (Llamando.) Acudan todos.
MARG. Se muere, Gertrudis, Gertrudis de mi alma.

ESCENA VII

Dichos, criados y criadas.

- RICAR. (A los criados.) Avisad al Médico corriendo.
MARG. Pronto, un Sacerdote.
RICAR. (Llegándose a Gertrudis.) ¡Gertrudis!
GERT. (Volviendo del desmayo.) ¡Ay! me ahogo, Margarita.
MARG. ¡Gertrudis de mi vida!
GERT. Alegaos. Es Dios que viene a resolver los conflictos de los hombres. Me muero, ¡qué angustia! ¡ay! que traigan al niño ¿quieres?
MARG. (A una criada, única que queda en escena.) Traiga al niño enseguida.

ESCENA ULTIMA

GERTRUDIS, MARGARITA y RICARDO, luego EDUARDO,
DOCTOR y criados.

- GERT. (Casi al oído de Margarita.) Para besarle en él.
MARG. No, no, a Ricardo... Ricardo, bésala.
(Ricardo besa a Gertrudis, esta con ansia loca.)
GERT. Ricardo... Mi vida, toda mi vida en holocausto, Dios mío! ¡Ricardo!... ¡Mi Ricardo! (Cae muerta. En el momento llegan por el foro D. Eduardo y el Doctor con los criados. Margarita con gritos contenidos de dolor se abraza al cuerpo de su hermana. Ricardo de rodillas y besando la mano de Gertrudis llora acongojado. Acuden D. Eduardo, El Doctor y los criados. CUADRO.)

FIN

Precio: UNA peseta